

POBRE GENTE CRUEL

Arkadi y Boris Strugatsky

El Rey se sentó desnudo. Como un pobre tonto en la calle, se sentó apoyándose contra una pared fría, delineando en su azules piernas de ganso golpeado. Se estremeció; con sus ojos cerrados, escuchó, pero todo estaba quieto.

Despertó a medianoche de una pesadilla e inmediatamente comprendió que ésta había terminado. Alguien angustiado se lamentaba cerca de la puerta del dormitorio, escuchó pasos, algunos tintineos metálicos y los ebrios murmullos de Su Alteza, Tío Buht: «*Déjame atravesar... Déjame... Interrúmpelo, al infierno con todo esto.*» Mojado en sudor frío, cautelosamente rodó apartándose de su cama, se agachó hacia un sector del ropero y, escurriéndose a través de él, corrió hacia el pasaje subterráneo. Algo percibió bajo sus pies desnudos y las asustadas ratas escaparon lejos, pero él no se dio cuenta de eso; exactamente ahora, sentado junto a una pared recordó todo; la oscuridad, las paredes resbaladizas, y el dolor de un golpe en la cabeza contra la encadenada puerta del templo, y su propio e inaguantable grito.

No entrarán aquí, pensó. Nadie entrará aquí. Sólo si el Rey lo ordena. Pero el Rey no lo hará. Rió histéricamente pero con disimulo. *¡Oh no, el Rey no dará esa orden!* Cuidadosamente fijó la vista y vio sus piernas, azules y lampiñas con las rodillas raspadas. *Todavía vivo, pensó. Viviré, porque ellos no entrarán aquí.*

Todo en el templo estaba azuloso, gracias a la luz fría de las linternas: largos tubos resplandecientes que se estiraban bajo el techo. En el centro, Dios estaba de pie como una eminencia, grande, pesado, con chispeantes ojos muertos. El Rey, en forma continua y estúpida, lo miraba fijamente, hasta que repentinamente un andrajoso hermano laico, todavía un novato, lo protegió de la vista de Dios. Chillando, con la boca abierta, contempló al desnudo Rey. El Rey miró de reojo una vez más. *Escoria, pensó, una piojosa alimaña, llamó a los perros, para que ellos lo atraparan... Él razonó que no recordaba bien al patán, pero éste se había ido hacia rato. Tan huesudo, mocososo... Todo eso está bien, recordaremos. Recordaremos todo, Su Alteza, Tío Buht. Durante el reinado de mi padre me atrevo a decir que te sentabas calladamente, bebías un poco y guardabas silencio, tenías miedo a que se diera cuenta, tú sabías que el Rey Prostyaga no olvidaba tu innoble alevosía...*

Grande fue mi padre, pensó el Rey con una acostumbrada envidia. Tú serás grande, si tus consejeros son los ángeles de Dios hechos carne. Todos saben, todos los hemos visto: sus caras espantosas, blancas como la leche, y sus vestidos eran tales que no se podía apreciar si ellos estaban desnudos o no. Y sus flechas eran ardientes, como relámpagos, siendo arrojadas como manadas en dirección a los nómadas, y aunque lanzadas sobre las cabezas de ellos, la mitad de la horda quedó paralizada de miedo. Su Alteza, Tío Buht, susurró alguna vez, bebido y eructando, que esas flechas podían ser lanzadas por cualquiera, sólo se requerían hondas tan especiales como las que los ángeles tenían y que sería bueno tomar las de ellos. Y dijo entonces —estaba bebido en esa oportunidad—, que si era bueno tenerlas, porqué no hacerlo, porqué no... Poco después de esa conversación de sobremesa, un ángel cayó desde la pared hacia el foso, probablemente resbaló. Próximo a él encontraron a uno de los guardaespaldas de Tío Buht con una jabalina entre las hojas del hombro. Éste fue un hecho oscuro, muy oscuro... Las personas que nunca se preocuparon de los ángeles, estaban ahora mirando con temor, pero no quedaba claro el porqué de aquel temor: los ángeles eran gente feliz y cordial. Sólo sus ojos reflejaban temor. Pequeños, brillantes, y moviéndose con inquietud..., no como ojos humanoides, intranquilos. De esta forma, las personas

guardaron silencio, aunque mi padre, el Rey Prostyaga les dio tal libertad que es vergonzoso ahora recordar..., aunque, antes del golpe dicen que, mi padre, fue un fabricante de sillas de montar. Por decirlo así, con mis propias manos había distendido mis ojos, y tapado mis orejas. Pero según recuerdo, él se sentaba en las tardes cerca de la Torre de Cristal, y recortaba cuero: un hermoso trabajo. Y me sentaba yo a su lado, era cálido y cómodo. Los ángeles cantaban desde sus cuartos, tan calladamente y en armonía, y mi padre comenzaba a acompañarlos —él conocía su idioma—. Todo era espacioso, con nadie en las cercanías..., no como ahora, con guardias pegados a cada esquina, pero no hay ningún sentido en esto...

El Rey se lamentó. Sí, él fue un buen padre, sólo que vivió durante mucho tiempo. No puedes hacerlo mientras tu hijo esté todavía vivo... El hijo es también el Rey, el hijo también desea... Pero Prostyaga no envejecía, tengo sobre cincuenta, y aún parecía más joven que yo... Parecía como si los ángeles hubiesen rogado a Dios por su salud... Pidieron por su salud, pero se olvidaron de mí. Dicen que al segundo que intentaron inmovilizar en el cuarto de mi padre, tenía una honda en cada mano, pero no luchó. Antes de morir, dijeron, empujó ambas de ellas a través de la ventana, estallando en una llama azul, no quedando ahí ningún rastro de polvo... Demasiado malo lo de las hondas. Y Prostyaga, dicen, lloró, se emborrachó y entonces, dentro de una pulgada de su vida —la primera vez desde el inicio de su reinado—, me buscó, dijeron, me amó, creyó...

El Rey colocó sus rodillas a la altura de su barbilla, y abrazó sus piernas. ¿Importaba si creía? Uno debe conocer su propio límite, abdica, como se ha hecho en otras partes..., y no lo sé todo, y no lo deseo. Hubo sólo una conversación con mi tío, Su Alteza:

—Prostyaga —dijo—, no envejece.

—Sí —le dije—, pero qué podemos hacer si los ángeles abogan por su salud.

Entonces Tío Buht sonrió con desprecio, espumó, y susurró:

—Ángeles —dijo—, ya no canten sus canciones aquí.

Y yo aclaré:

—Es cierto, pero ahora existe una manera de tratarlos, no sólo mediante humanos.

Tío Buht me miró con sobriedad, e inmediatamente se fue... Y no le dije realmente algo... Sólo palabras vacías, sin significado. Y en una semana Prostyaga murió de un ataque cardíaco. ¿Así fue? Le llegó su hora. Parecía tan joven, pero en realidad tenía más de un siglo. Todos moriremos...

El Rey se sobresaltó y, cubriéndose a sí mismo, torpemente se incorporó. En el templo ingresó Agar, el Sacerdote Superior. Los hermanos laicos lo llevaban por las manos. No miró al Rey, llegó hasta Dios y se arrodilló delante de la eminencia; alto, jorobado, con un cabello blanco y sucio que le llegaba hasta la cintura. El Rey disfrutó: «Éste es el final de usted, Su Alteza, tú lo manejabas, pero yo no soy como Prostyaga, asolarás tus propios intestinos, asqueroso ebrio...»

Agar habló en una rica voz:

—¡Dios! ¡El Rey quiere hablarle a usted! ¡Perdónelo y escúchelo!

El cuarto se volvió silencioso, nadie se atrevió a respirar. El Rey reflexionó: cuando el gran diluvio pasó, y la tierra estalló, Prostyaga rogó a Dios por ayuda, y Dios bajó del cielo como una esfera de fuego en el mismo día, y esa noche la tierra fue protegida, y el diluvio desapareció. Esto significa que así es cómo sucederá hoy. Llegó tarde Tío Buht, Su Alteza, usted no tiene el control. Nadie puede ayudarlo ahora.

Agar se levantó. Los hermanos laicos que lo sostenían saltaron lejos, volviendo sus espaldas a Dios, y cubrieron sus cabezas con sus brazos. El Rey vio cómo Agar estiró las manos cerradas y las puso sobre el pecho de Dios. Los ojos de Dios se iluminaron. El Rey mordió su mandíbula de miedo: los ojos eran grandes y diferentes: uno era verde culebra, el otro blanco y tan brillante como una luz. Uno podía escuchar cómo Dios comenzaba a respirar, pesadamente, con crujidos, como consumiéndose. Agar retrocedió lejos.

—Habla —susurró. Esto pareció desquiciarlo también.

El Rey se humilló ante todos, y comenzó a arrastrarse hacia la eminencia. No supo qué hacer o cómo. Y no supo cómo debía comenzar y si debía decir toda la verdad. Dios respiró pesadamente; con angustia, y de repente él comenzó lloriquear, callada y débilmente, muy asustado.

—Soy el hijo de Prostyaga —dijo el Rey con desesperación, sofocando su cara contra la fría piedra—. Prostyaga murió. Ruego protección de los conspiradores. Prostyaga cometió errores. No supo lo que hacía. He arreglado todo: calmada la gente, llegaré a ser grande e inasequible, como usted; congregué un ejército. Y el traicionero Buht está rompiendo mis planes para conquistar al mundo... ¡Él desea matarme! ¡Ayúdeme!

Levantó su cabeza. Dios, sin pestañear, mostraba su cara verde y blanca. Dios estaba silencioso.

—Ayúdeme —repitió el Rey—. ¡Ayuda! ¡Ayuda! —De repente pensó que estaba haciendo algo mal, y que Dios era indiferente hacia él, e inoportunamente recordó: ellos dijeron que su padre, Prostyaga, no murió de un ataque cardíaco, pero fue muerto aquí, en el templo, cuando los asesinos entraron, sin solicitar permiso—. ¡Ayuda! —Él gritó desesperadamente—. ¡Tengo miedo de morir hoy! ¡Ayuda! ¡Ayuda!

Él se encorvó sobre los azulejos de piedra, penetrando sus manos en un terror insufrible. Observando diferentemente, Dios respiró roncamente sobre su cabeza.

—Vieja alimaña —dijo Tolya. Ernst estaba quieto. En la pantalla, por las chispas de estática, una fea forma negra de un humano se tumbaba sobre el suelo. Cuando pensaba, Tolya habló de nuevo—. Si no fuese por él, Alan y Derek estarían vivos; quiero hacer algo, algo que tú nunca has deseado hacer.

Ernst se encogió de hombros y fue hacia la mesa.

—Y siempre pienso —Tolya continuó—, ¿por qué Derek no disparó? Podría haberlos matado a todos.

—No podía —dijo Ernst.

—¿Por qué no podía?

—¿Has hecho alguna vez la prueba de dispararle a un ser humano?

Tolya torció la cara, pero no dijo nada.

—Bien, eso es lo que sucedió —dijo Ernst—. Trata de imaginarlo. Es casi repugnante.

Se escuchó un aullido en el altavoz. «AYUDA, AYUDA, ESTOY ASUSTADO...», escribió el autotraductor.

—Pobre gente cruel —dijo Tolya.

FIN

Traducción: Arácnido.

Edición digital: Arácnido.